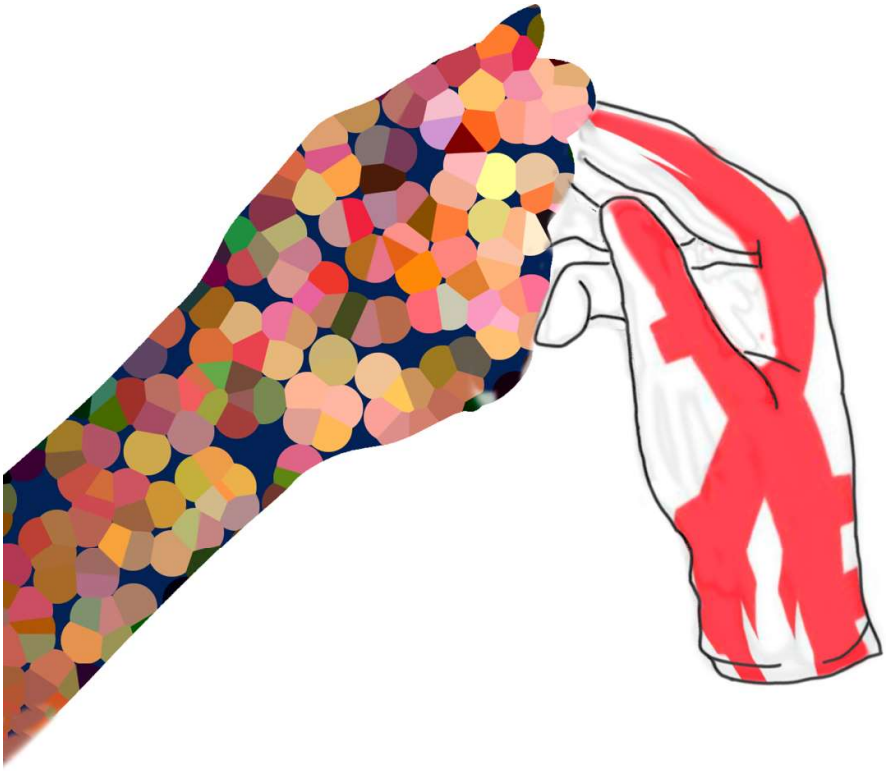
RECOGIENDO
EL GUANTE



Un relato de Castellana

RECOGIENDO EL GUANTE

Después de caer derrotada tras días de afanosa lucha entre papeles y gestiones varias, entre conversaciones de lo más variopintas y bajo discursos políticamente correctos, tuvo que huir del mundanal ruido.
Casualmente tomó la nacional uno y en "cero coma" aterrizó con su bólido en la capital de capitales, en el centro neurálgico de un gran país donde diversas comunidades continúan con el importante mestizaje como ya se comenzaría por 1492.
Allí donde los "soldados del asfalto", persiguen a diario con rapidez y destreza el ganar tiempo y, tal vez, si se precia, la mayor cantidad de moneda en curso para mantenerse a flote.

Demasiada proximidad, excesivo espacio... Y aún de ese modo, con voces temblorosas alcanzan la aurora. Algunos se esconden rápido porque persiguen el sueño, otros porque este les arrulla con el traqueteo del cercanías o metro...

Y en aquel cubículo, dentro del vagón rumbo a ningún lugar concreto, con la historia en sus manos, abstraída e inmersa en esa literatura que hace mella en los corazones patrios, pasaba hojas, serena.

Él no tenía la menor idea de quien era ella y ella no atisbó visos de mínimo interés en él, pero como alguien que estaba pidiendo auxilio, lo único que pudo hacer fue ayudarle acercando su comprensión y disculpa ajena tras un cruce de empujones por la velocidad del transporte subterráneo.

Él llevaba tiempo mirando su lectura, pues en sus manos portaba también la hispanidad en renglones. Se atrevió y dijo a la mujer.

–¡Qué alegría conocernos en una lucha quijotesca defendiendo la reunificación!

Ella, sorprendida y cauta, se metió debajo de sí misma y respondió con un pareado con la mayor naturalidad que pudo, aunque mirándole con escepticismo.

–Con la fe en una lengua, manteniendo una cultura, en torno a una civilización.

Y así parafraseando descubrieron su común amor a la madre Patria, con dos grandes como Marcelo Gullo y Patricio Lons entre la retina y las yemas de sus dedos.

Apenas unos minutos después, se volvió a abrir en él una ventana emergente en su ordenador de abordo, en esa testa loca llena de ideas alborotadas.

–¿Continúanos con la acción? –preguntó.

–Adelante –contestó ella, nacida en tierras bañadas por el Arlanzón–. ¿A quién se le ocurriría mejor plan pandémico?

Las personas de uno y otro vagón seguían allanando el piso con el vaivén de las paradas de estación. Estaban todos y no había nadie adentro. Solo las tenues figuras del cansancio que en ocasiones se tornaban dolor y esperanza.

–Ahora puedo decirle que yo soy una poeta sin restricción. –Y prosiguió.
–Una España precursora de sistemas de producción. Un imperio terrestre lleno de sapiencia y tesón.

–Me has salvado de una muerte segura. –Continúa, por favor.

–Enseñándonos a todos a sembrar no sólo en la tierra, sino también en vínculos y en unión.

Felipe miraba con sorpresa a Isabel
–Eres sagaz. –¿Por qué pudiendo plasmar sentimientos en papel vives en estas realidades triviales? –¿Por qué no regalar ese valor?

–Perdone, caballero. Mis letras lo son. –Dijo ella acercándose con una sonrisa.

Al hombre le dieron vuelta muchos pensamientos en la cabeza. Se preguntó a sí mismo qué más podría hacer para continuar atrayendo su atención. Entonces musitó:

–Moneda, tribu, conversión, leyenda, sensatez, ¿modelo anglosajón? Economía, trueque, ¿esclavización?

–¿Y si nos apeamos juntos en la misma calle regada por el sereno de Madrid? Creo que es de mi competencia terminar la suya proposición.

–El debate está servido, creemos de nuevo tendencia con investigación. Trabajando con habilidad y respeto. Fomentando la iniciativa. La acción.

Al escuchar estas palabras de su boca, ella prosperó a pensar muy concentrada e intensamente le dijo:
–Me gustaría saber cómo se siente, usted que lee, al estar cerca de mis divagaciones sobre arte, cultura, avances, fe. –Caminemos al abrigo de un chocolate caliente y de fondo un buen olor a café.

Fernando se alojó rápido en la invitación.

–¡Qué nervios ante tal apetecible instigación!

Ambos rieron mientras dirigían sus pasos a la cafetería más próxima.

–¿Cómo se le ocurre, hacer una proposición así? Podría tomarse como una

desfachatez. –dijo él bromeando y se abrió paso por el pasillo atestado de gente.

–Pero acepto gustoso –Añadió.

–Pues la hispanidad merece trabajarse en continuidad, con tradición, confesión si fuera preciso, lloros, gritos, acariciar lo verdaderamente escrito. Visitar el archivo de indias, la Catedral de Sevilla donde reposa Colón, las tumbas de nuestros reyes, los católicos lo son. Granada los arropa en buenas tierras que ratifican el empleado tesón, Castilla y su meseta, la costa cántabra, el nunca olvidado atlántico, el mediterráneo y sus pueblos, la riqueza artística, gastronómica y sus piedras que historia son.

Ella se quedó pensando un momento y luego movió la cabeza de un lado a otro mientras pensaba en lo acaparador que podía llegar a ser aquel tipo.

–Por supuesto. –Contestó acariciado la taza del preciado chocolate caliente. Bisbiseó una oración tradicional de agradecimiento por tal manjar y prosiguió.

- ¿Ves? De América llegó para mí paladar.

Ya en la madrugada, y frente a frente sacaron conclusiones de las celdas en las que tenemos la veracidad de nuestra historia, quitaron vendajes de los ojos, ataron conclusiones y rieron brindando por esa fertilidad cultural sin precedentes.

Tres personas estaban cerca de ellos apuntándolos con sus miradas de incredulidad. Una cuarta, el camarero, estaba parado al lado suyo, con un reloj en su mano, esperando el momento que llegara la hora de cierre. Después, levantó la mirada y empezó a hablar:
- Señores...

No había terminado de decir "vamos a cerrar", cuando se miraron y recogiendo sus respectivos libros y bolsos lanzaron al aire un suspiro de complicidad.

Cuando las personas que allí se encontraban bajaron sus mosquetes, uno se acercó y le dijo a Isabel:

– Me gustaría saber más. Educado fui en base a esa leyenda negra de que habláis y no vi entonces la realidad. Aconséjeme señorita, por piedad.

Tomó un folio en sus níveas manos y, con pulso firme, escribió unas líneas. La nota decía así:

– Tras lo evidente; que hace más de 500 años, un grupo de exploradores llegaron a las costas de América en el descubrimiento de un nuevo mundo gracias a Cristóbal Colón y al mecenazgo de los Reyes Católicos... Le invito a no quedarse ahí. Le emplazo a leer, investigar, escuchar a grandes, dudar...

"El mar dará a cada hombre una nueva esperanza, como el dormir le da sueños"
• S •
• S • A • S•
X M Y
• Xpo • ferens •

Desde ese día, ella recibe agradecimientos por los nuevos hallazgos. Porque cuando aquel hombre dejó de apuntar con su bayoneta a aquellos dos extraños charlando de historia, fe y humanidad, dejó que la ignorancia por el adiestramiento cultural sin fundamento diera paso a un amplio abanico de posibilidades de engrandecimiento.

El hombre, a partir de entonces considera como su tesoro ese encuentro casual, y muestra a todos con quienes se encuentra el verdadero sentido de la Hispanidad.

¿Y Felipe? Un fantástico encuentro casual. Un viaje en metro, una persona con alma pura. De esas que ya no se dan.